

ROBESPIERRE



UNA VIDA REVOLUCIONARIA
PETER MCPHEE

 PENÍNSULA

Robespierre

Vida de un revolucionario

Peter McPhee

Traducción de Ricardo García Pérez

Título original: *Robespierre. A Revolutionary Life*

© Peter McPhee, 2012

La lectura abre horizontes, iguala oportunidades y construye una sociedad mejor. La propiedad intelectual es clave en la creación de contenidos culturales porque sostiene el ecosistema de quienes escriben y de nuestras librerías. Al comprar este libro estarás contribuyendo a mantener dicho ecosistema vivo y en crecimiento.

En **Grupo Planeta** agradecemos que nos ayudes a apoyar así la autonomía creativa de autoras y autores para que puedan seguir desempeñando su labor. Dirígete a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesitas fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra. Puedes contactar con CEDRO a través de la web www.conlicencia.com o por teléfono en el 91 702 19 70 / 93 272 04 47.

Primera edición: septiembre de 2012

Primera edición en esta presentación: junio de 2023

© de la traducción del inglés, Ricardo García Pérez, 2012

© de esta edición: Edicions 62, S.A., 2023

Ediciones Península,
Diagonal 662-664
08034 Barcelona
edicionспенinsula@planeta.es
www.edicionспенinsula.com

REALIZACIÓN PLANETA - fotocomposición

Depósito legal: B. 9.966-2023

ISBN: 978-84-1100-180-9



SUMARIO

<i>Relación de ilustraciones</i>	11
<i>Agradecimientos</i>	15
<i>Abreviaturas</i>	19
<i>Introducción: «Arcilla en manos de los biógrafos»</i>	21
1 Un niño «pausado, razonable y laborioso»: Arrás, 1758-1769	29
2 «Un deseo de triunfar extremadamente poderoso»: París, 1769-1781	47
3 «Un hombre con tanto talento»: Arrás, 1781-1784	67
4 «La soltería parece fomentar la rebeldía»: Arrás, 1784-1789	87
5 «Estamos ganando»: Versalles, 1789	115
6 «Atreverse a limpiar los estercoleros»: París, 1789-1791	137
7 «Enemigos numerosos e implacables»: Arrás, 1791	165
8 «La venganza del pueblo»: París, 1791-1792	185
9 «¿Queríais revolución sin revolución?»: París, 1792-1793	213
10 «Una regeneración completa»: París, julio- diciembre de 1793	247
11 «Hombres de lengua antojadiza»: París, enero- junio de 1794	281
12 «El hombre más infeliz de la Tierra»: París, julio de 1794	313
Epílogo: «Ese Procusto moderno»	339

<i>Cronología</i>	357
<i>Notas</i>	367
<i>Bibliografía</i>	433

I

UN NIÑO «PAUSADO, RAZONABLE Y LABORIOSO»

ARRÁS, 1758-1769

Al igual que otras capitales de provincia francesas, Arrás es hoy día una extensión de zonas residenciales nuevas y centros comerciales de pequeñas tiendas que se despliega en abanico desde los apacibles barrios viejos. Su rasgo característico se deriva de la atracción que ejerce como núcleo turístico, en especial para los interesados en las prolongadas batallas de la Primera Guerra Mundial y sus baluartes defensivos. En cambio, en el siglo XVIII aquella ciudad de veinte mil habitantes se podía recorrer dando un paseo de quince minutos. Las suntuosas viviendas de estilo flamenco que circundan sus plazas más célebres son en la actualidad réplicas fieles de edificios del siglo XVIII, la mayoría de los cuales quedó destruida con los sangrientos bombardeos de los meses comprendidos entre mayo y julio de 1915; pero en todos los demás aspectos, Arrás está irreconocible. Hoy es la sosegada prefectura del departamento de Pas de Calais; en la década de 1750 bullía de actividad porque era la capital de la región de Artois o Artesia. Pese a su cohesión, en aquel entonces era un tapiz de barrios recoletos, cada cual con su peculiar carácter social y ocupacional diferenciado: las parroquias acomodadas de familias nobles y burguesas; las calles abarrotadas de pobres a orillas de los brazos contaminados del río Scarpe y su afluente, el Crinchon; la «ciudadela» militar, y otra «ciudad» aislada compuesta por los edificios administrativos, de la élite eclesiástica y de la judicatura.

En el año 1758 nacieron en Arrás varios cientos de niños. Uno de ellos fue Maximilien-Marie-Isidore DeRobespierre, a

quien se acabaría conociendo tan solo como Maximilien Robespierre. Nació y fue bautizado el día 6 de mayo y era hijo de François DeRobespierre, abogado, y Jacqueline Carraut, hija de un cervecero.¹ En los meses anteriores se había vivido un drama familiar, puesto que cuando Jacqueline se casó el día 3 de enero ya estaba embarazada de cinco meses y los padres de François se negaron a asistir a la ceremonia, celebrada en la acomodada iglesia parroquial de Saint-Jean-en-Ronville, al sur de la ciudad. Pudo deberse a la vergüenza de que semejante matrimonio se celebrara en una ciudad piadosa dominada por la Iglesia católica; o tal vez al desconcierto ante las consecuencias de la inadecuada conducta de François. Solo podemos especular sobre las conversaciones que debieron de mantenerse en los meses transcurridos entre la revelación del embarazo de Jacqueline y la boda. La iglesia parroquial de Saint-Jean había hecho un favor a las familias dispensándoles de publicar dos de las tres amonestaciones matrimoniales necesarias, e hizo pública la tercera tan solo dos días antes de la ceremonia. Pero se publicaron tanto en la de Saint-Jean como en la de Saint-Géry, la otra parroquia rica de Arrás, y todos los miembros del entorno social de los DeRobespierre tuvieron conocimiento del escándalo.²

François, nacido en Arrás en 1732, se había educado en una orden religiosa de Tortefontaine, al oeste de la ciudad. Pero a los diecisiete años renunció a su vocación poco antes de que llegara el momento de profesar los votos definitivos y, posteriormente, estudió leyes en Douai. Acabó siendo abogado del Consejo de Artois, el más alto tribunal provincial. Algunos lo consideraban el miembro más complicado de toda una dinastía judicial prestigiosa y distinguida, pues tenía siete hermanos. Según un sacerdote que conocía bien a la familia, François «tenía fama en la ciudad de Arrás de ser un tanto atolondrado y, sobre todo, de estar poseído de sus propias opiniones».³ Procedía de una familia tradicional y muy respetable, y su apresurado matrimonio con Jacqueline Carraut habría resultado profun-

damente bochornoso para sus padres. (No se trataba del primer escándalo de esta naturaleza en la familia: varias décadas antes, Robert, un tío de François, había engendrado un hijo ilegítimo en la cercana Carvin.)⁴

La trayectoria de la familia paterna del pequeño Maximilien Robespierre a lo largo de los tres siglos anteriores revela muchos aspectos de la estructura de poder y privilegio de Artois. Al igual que las dinastías burguesas de todo el reino, había sido una familia proclive a prestar sus servicios en los pilares de la sociedad: los ámbitos de la Iglesia, la nobleza señorial y la propia monarquía. La familia Robespierre (también conocida como Robespierres, DRobespierres o DesRobespierres) llevaba largo tiempo asentada en ciudades de Artois como, por ejemplo, Béthune, Lens y Carvin.⁵ Quizá la familia guardara alguna relación con un tal Bauduin de Rouvespierres, canónigo de la catedral de Cambrai a principios del siglo xv, pero el rastro de aquel linaje podía remontarse con más certeza hasta Robert de Robespierre, un oficial judicial de la década de 1460 del señorío de Vaudricourt, próximo a Béthune. El hecho de que a la familia se le concediera el derecho a anteponer a su apellido el prefijo «de», habitualmente reservado para las familias de la nobleza, pudo perfectamente haber sido consecuencia de haber ostentado este cargo.⁶ Durante todo el siglo siguiente, los Robespierre se consolidaron como comerciantes de Lens, dieciocho kilómetros al norte de Arrás, donde trabajaron como tenderos y posaderos. Pero hubo otro Robert de Robespierre (1591-1663), cuyos descendientes varones engendraron una larga serie de hombres de leyes que trabajaron por igual para el sistema monárquico y señorial y en el ejercicio privado de la abogacía.

En la época en que el territorio perteneció a los Países Bajos españoles, cuando los ejércitos de España y Francia asolaron la región durante la guerra de los Treinta Años (1618-1648), Robert y sus descendientes ocuparon cargos administrativos en las pequeñas poblaciones de Artois. En 1659, el Tratado de los

Pirineos firmado por Francia y España estableció que Artois era una región francesa. A pesar de las incertidumbres de la vida en las proximidades de la frontera, Robert y sus descendientes se establecieron como notarios del rey en Carvin, un núcleo administrativo reducido con una población de 3.500 habitantes y situado al nordeste de Lens, después de lo cual, en 1722, Maximilien de Robespierre recorrió los 36 kilómetros que le separaban de Arrás para convertirse en abogado del Consejo de Artois, la cima del éxito para todo hombre de leyes. Este Maximilien fue abuelo del revolucionario.

Maximilien echó raíces firmes en la hermandad judicial de la capital de la provincia, pasó a ser un *arrageois* o habitante de Arrás, pero el ejercicio de la abogacía parece haber acabado revistiendo una importancia secundaria en relación con sus rentas por propiedades urbanas y rurales.⁷ Al igual que las anteriores generaciones de Robespierres, se sintió atraído por una mujer procedente del mundo del comercio. En 1731 se casó con Marie Poiteau, hija de un posadero de la acaudalada parroquia de Saint-Géry. Maximilien y Marie se establecieron en otra parroquia acomodada, la de Saint-Aubert, y tuvieron allí ocho hijos, uno de los cuales, François, se casó con Jacqueline Carraut en 1758 como ya hemos señalado.

Los Carraut procedían de un linaje menos acomodado y distinguido, aun cuando fueran artesanos tan acreditados como los Robespierre. Aparecen por primera vez como tejedores de Étrun en los registros parroquiales de la pequeña aldea de Hestrus, a tan solo seis kilómetros y medio de Arrás. Seguían vinculados a la tierra, pese a que se establecieron con más firmeza en la capital. Jacques, el abuelo materno de Maximilien (nacido en 1701), era un cervecero que en 1732 se había casado con Marie (nacida en 1693), la hija de un arrendatario de Lattre-Saint-Quentin, localidad situada unos catorce kilómetros al oeste de Arrás. Los primos de Robespierre por parte materna eran hijos de un comerciante de grano y aceite de Arrás. Cuando Jacqueline se casó con François De Robes-

pierre en 1758, Jacques Carraut regentaba una cervecería en la Rue Ronville, situada en el límite del barrio acomodado en el que su hija se iba a casar. A diferencia de lo que hizo el padre de François, Jacques sí asistió a la boda.⁸

Cuando se casaron, François y Jacqueline tenían veintiséis y veintidós años respectivamente. Parece ser que los Robespierre acabaron reconciliándose con la conducta de su hijo, puesto que unos meses más tarde el padre de François aceptó ser el padrino de Maximilien, del mismo modo que la esposa de Jacques Carraut aceptó ser madrina del niño. A pesar de los poco propicios comienzos de su vida conyugal y del largo retraso de su boda desde que Jacqueline se descubrió embarazada, mantuvieron finalmente una relación muy fecunda. Después de Maximilien, Jacqueline dio a luz en una secuencia acelerada a Charlotte (1760), Henriette (1761) y Augustin (1763). Los niños fueron bautizados en parroquias distintas, lo que hace pensar que a François le costó asentarse profesionalmente con su joven familia, aun cuando se le asignaran bastantes casos judiciales para desarrollar la práctica de abogado con éxito: treinta y cuatro en 1763 y treinta y dos en 1764.⁹

En 1764, un año después del nacimiento de Augustin, la tragedia se cebó con rigor en la joven familia. El día 7 de julio moría durante el parto un quinto hijo; la madre, Jacqueline, a sus veintinueve años, moría como consecuencia de las complicaciones nueve días después, el día 16, y fue sepultada en Saint-Aubert en presencia de un oficial de la guarnición del ejército y de su hermano.¹⁰ Su muerte dejó desolada a la joven familia.

Desconocemos la razón, pero François no asistió al funeral de su esposa. En diciembre de ese mismo año aceptó un cargo de funcionario judicial en una inmensa finca feudal de Oisy-le-Verger, unos veinticinco kilómetros al este de Arrás. Cuando en julio de 1765 concluyó el desempeño de ese cargo, reaparecía de vez en cuando en Arrás. Cuando iba, es poco probable que visitara a los cuatro hijos que tenía, o que estuviera en condiciones de costear su manutención. En noviem-

bre de 1765, François estaba de nuevo en Arrás discutiendo con sus colegas si el gremio de abogados debía ofrecer sus condolencias a Luis XV por la enfermedad del delfín. François vuelve a estar en Arras en marzo de 1766 para tomar prestadas 700 libras de su hermana Henriette. En octubre de 1768, su madre, viuda desde 1762, aceptó entregarle su parte de las modestas propiedades antes de que emprendiera rumbo al este para trabajar al otro lado de la frontera, en Mannheim. Regresó de nuevo a Arrás entre febrero y mayo de 1772, con quince casos que defender; no obstante, para entonces Maximilien y Charlotte ya habían sido enviados a otras escuelas, lejos de Arrás.¹¹

Los niños se habían dispersado. Los tíos paternos de Maximilien cuidaban de Henriette y Charlotte, mientras que Maximilien y Augustin, de seis y un años respectivamente, se marcharon a vivir junto a la cervecería de los Carraut con sus ancianos abuelos y tías maternas, Henriette y Eulalie. Así que, aunque formaba parte de una familia con larga tradición en la abogacía y el desempeño de cargos públicos, Maximilien se criaría ahora en un entorno de trabajadores manuales, en la Rue Ronville, donde no se dejaba de oír el soniquete de los carros y los gritos de los trabajadores en el dialecto local de Picard. Fue también a los seis años cuando contrajo la viruela, lo que le dejó la cara ligeramente marcada de hoyuelos.

Resulta tentador buscar en las circunstancias desesperadas y lamentables de la infancia de Maximilien las pistas de la personalidad del hombre que acabó siendo, y muchos biógrafos han sucumbido a esa tentación. Al fin y al cabo, debió de ser hijo de una pareja que solo se había casado por exigencias sociales. Después, su querida madre había fallecido en otro parto cuando él solo tenía seis años, lo que le convirtió en el mayor de cuatro niños huérfanos que se repartieron entre parientes y familiares. Parece que su padre, de quien a menudo se dijo que llevaba una vida disoluta o estaba desequilibrado, no volvió a ver a sus hijos jamás. ¿Produjo semejante infancia un chico ne-

cesitado de afecto paterno y su posición como hermano mayor de cuatro «huérfanos» hizo de él un niño serio, angustiado, trabajador, retraído y resentido ante quienes gozaban de circunstancias más afortunadas? ¿Cuándo se dio cuenta de que la tragedia personal también le había arrebatado el legado familiar de éxito y eminencia profesionales?

Hay quien ha visto en los presuntos «traumas» y en la «tristeza» de esa infancia una clave para acceder al hombre que fue. La más célebre es la biografía del político y escritor francés Max Gallo, quien interpretó el colapso de la familia directa de Maximilien en 1764 como la explicación de su «sensibilidad patológica» y de su «terrible necesidad de aceptación»: jamás se recuperó de la perturbación que le causaron el sentimiento de culpa de su padre y el fallecimiento de su madre.¹² Otros han aprovechado esa oportunidad para proyectar sobre el muchacho presuntos rasgos personales (ninguno de ellos atractivo) aduciendo retazos de pruebas de este estilo sobre la pérdida de ambos progenitores durante su infancia. Laurent Dingli ha construido la imagen de un chico traumatizado que había perdido a su querida madre (quien, no obstante, según afirma el autor, nunca le hizo demasiado caso porque estaba muy preocupada por tener más hijos) y después había sido abandonado por un padre «lunático y de vida disipada». A juicio de Dingli, esta situación explica por qué Robespierre sería siempre extremadamente sensible a lo que consideraba traición o corrupción, y por qué viviría obsesionado con la fantasía de un mundo antiguo poblado de héroes. La tristeza de su infancia sembró la semilla de una incapacidad para establecer relaciones íntimas e, incluso, de una cierta tendencia a alimentar fobias sobre el aspecto externo, la limpieza y el contacto físico.¹³

No disponemos de pruebas concluyentes que sirvan de fundamento para extraer semejantes conclusiones; ni tampoco sabemos demasiado en líneas generales sobre los lazos de afecto que podrían existir en una familia de clase media de Arrás.¹⁴

Se podría presuponer con idéntica facilidad que Maximilien mantuvo una relación cariñosa con su madre en los primeros y fundamentales seis años de su vida y que, posteriormente, fue criado por unos parientes afectuosos que le ayudaron a afrontar tan devastadora pérdida y garantizaron que todos los hermanos se vieran con cierta frecuencia. Eso es a todas luces lo que lleva implícito uno de los relatos de su infancia de que disponemos, el de su hermana pequeña, Charlotte, recopilado antes de morir en 1834.¹⁵ Sus memorias son fascinantes, desprenden el aroma del afecto profundo que sentía por su hermano y fueron escritas cuando llevaba una vida humilde y en el anonimato en París.

Charlotte, veinte meses menor que Maximilien, recordaba que los ojos de su hermano se llenaban de lágrimas cada vez que hablaban de su madre, Jacqueline, «no menos buena esposa que buena madre». Sin embargo, Charlotte insistía en que su padre era un hombre bueno y decente, «honrado y querido en toda la villa». El padre quedó absolutamente desolado por la muerte de su esposa y fue incapaz de continuar ejerciendo la abogacía con eficacia. Los niños no volvieron a verlo. Charlotte recordaba que la muerte de su madre fue de todo punto angustiada para Maximilien y le volvió un niño bastante serio y obediente. Dejó de ser el típico niño «bobalicón, turbulento y ligero» para convertirse en alguien «pausado, razonable (*raisonnable*) y laborioso». Ahora le interesaba más leer y construir maquetas de iglesias que alborotar con juegos: este detalle concordaría con el piadoso entorno en el que sus tías lo estaban criando. Todos los domingos se enviaba a las niñas a la Rue Ronville para que pasaran un rato con sus hermanos, unos «días de felicidad y gozo» en que contemplaban la colección de grabados de Maximilien. Charlotte también recordaba que él adoraba a sus palomas y gorriones y que se enfureció en una ocasión en que sus hermanas se despreocuparon de una paloma que les cedió, un descuido que le causó la muerte.¹⁶

Las hermanas de Maximilien vivían a no más de unos minutos de un niño pequeño que podía ir de una carrera al centro de la ciudad en busca del lugar donde había nacido, en el barrio más rico próximo a la catedral, los tribunales y las oficinas administrativas. ¿Cuál fue el contexto urbano en el que el niño abandonó su infancia?

Su entorno físico inmediato era un lugar ruidoso, de trabajo y con mucho movimiento, pues estaba dominado por lo que se calificaba como el proyecto de edificación eclesiástico más ambicioso del siglo. El paisaje urbano de varias generaciones anteriores y posteriores de niños de Arrás estuvo presidido por la imponente abadía de Saint-Vaast, pero no fue así en el caso de Maximilien, porque cuando en 1741 se vino abajo la aguja de la abadía, el abate Armand Gaston de Rohan decidió demoler la totalidad del disperso complejo arquitectónico y la cercana iglesia de La Madeleine en la que fuera bautizado Maximilien.¹⁷ A su escala y estilo, este descomunal proyecto, que no se concluyó hasta 1770, fue uno de los ejemplos sobresalientes de reconstrucción neoclásica, también patente en las iglesias de La Madeleine y Sainte-Genève de París, así como en otros núcleos provinciales. No obstante, cuando Maximilien era todavía pequeño aquel lugar no era más que un extenso solar donde se estaban realizando obras.¹⁸

Al igual de otros núcleos urbanos de similar envergadura (Dijon, Grenoble, Limoges, Poitiers o La Rochelle), la ciudad de Arrás en la que creció el niño Maximilien era un centro eclesiástico, administrativo y militar que albergaba una industria artesanal de pequeña escala muy vinculada a las zonas rurales del interior. Era una capital de provincia como muchas otras del siglo XVIII, en la que las instituciones del primer y segundo estados del reino (el clero y la nobleza) gestionaban las rentas de sus inmensas fincas, que en total ocupaban la mitad de la región. Pese a que tenían derecho a utilizar el prefijo «de», los Robespierre no eran nobles, pero se habían incrustado en las redes de poder, privilegio y riqueza de la sociedad

artesiana a base de prestar servicios a las estructuras del poder eclesiástico y señorial.¹⁹ Las líneas de demarcación social estaban trazadas con demasiada precisión como para que un Robespierre pudiera haber sido aceptado entre la nobleza de Artois. Por el contrario, a menudo se habían casado con gentes dedicadas al comercio y pequeños negocios, el medio del que ellos mismos habían emergido. El matrimonio de François en 1758 con la hija de un cervecero solo tuvo de inusual la fecha de celebración. Los Robespierre eran algo así como «intermediarios culturales», una especie de puente entre las élites privilegiadas y los plebeyos respetables.

Si cuando Maximilien era niño le quedó grabado alguna imagen cotidiana de demoliciones o reconstrucciones, su experiencia doméstica diaria, por el contrario, era de un sosiego ordenado y rutinario. Muchos años después, un sacerdote de Arrás que no simpatizaba en absoluto con Robespierre recordaba que las dos tías Carraut que cuidaron de Maximilien y de Augustin eran unas mujeres «célebres por lo piadosas que eran». Desde muy niño, Maximilien se habría visto inmerso en sus creencias religiosas y rutinas en una ciudad en la que una de cada veinticinco personas era sacerdote, monja, fraile, canónigo o desempeñaba alguna otra función religiosa. La suya fue una infancia católica de arriba abajo en uno de los baluartes más importantes de la Iglesia. Parece que las corrientes reformistas del jansenismo tuvieron poco impacto en el clero local, que seguía sintiéndose acomodaticio y conservador.²⁰

La «ciudad del centenar de campanarios» dominaba la llanura de interior donde se asentaba. Arrás acogía nada menos que ochocientos integrantes del primer estado, en comunidades vinculadas a Saint-Vaast, la catedral, doce iglesias parroquiales, dieciocho monasterios y conventos, una docena de hogares de retiro y muchos hospitales, hospicios y pequeñas capillas. Arrás era un puntal de la élite de la Iglesia católica. El obispo era uno de los prelados bien remunerados del reino, cuyos ingresos anuales rondaban las 40.000 libras, una cifra cin-

cuenta veces superior a la que recibían la mayoría de sacerdotes rurales. Como era habitual en el caso de las capitales de provincia de la Francia del siglo XVIII, Arrás albergaba un sinnúmero de órdenes religiosas: no obstante, era atípica por el abultado número de quienes todavía vivían en su seno. En el año 1750 residían en los dieciocho monasterios y conventos casi quinientos religiosos. La Iglesia proporcionaba empleo directo a muchos de los criados domésticos de Arrás, e indirecto a buena parte de los artesanos cualificados, tenderos y comerciantes que dependían también del primer estado.²¹

El clero parroquial ocupaba el extremo opuesto de la jerarquía eclesiástica en lo relativo a extracción social e influencia, pero, en todo caso, constituía un cuerpo social relativamente, acomodado. Las doce iglesias parroquiales de Arrás estaban atendidas por cuarenta y ocho curas y sacerdotes. Además de estar formados a conciencia y muy seguros de su teología, también estaban mucho mejor remunerados que el clero parroquial de ámbitos más rurales, que solía sobrevivir con tan solo 750 libras anuales, como los pequeños campesinos propietarios de tierras, a pesar de las exigencias de dedicación y atención en una de las diócesis más observantes del reino. Por el contrario, los sacerdotes de las parroquias más ricas de Arrás, Saint-Géry y Saint-Jean, disponían en la década de 1780 de unos ingresos anuales de unas nueve mil libras.²² Arrás era un auténtico bastión de la fe.

Igual de espectacular que el emplazamiento donde se construiría la inmensa abadía nueva fue también la construcción de todo un barrio nuevo por iniciativa del gobierno municipal en los terrenos pantanosos situados entre la ciudadela militar y los terraplenes medievales de la urbe. Las antiguas marismas acabaron convirtiéndose en la elegante «Basse-Ville» de Arrás, que se diferenciaba por sus anchas calles arboladas y por un imponente espacio público octogonal. En 1763, cuando nació Augustin, aparecía registrado que los Robespierre vivían en la Rue des Jésuites, en la parroquia de Saint-Étienne del inci-

piente barrio nuevo. Desde los seis años de edad, Maximilien no tenía más que recorrer la Rue Ronville hasta el otro extremo, donde vivían los Carraut, para ver qué pasaba por allí.

El universo infantil de Maximilien era un mundo de zonas en obras por todas partes, pues Arrás estaba siendo objeto de un proceso de reconstrucción a gran escala tanto de las viviendas particulares como de las zonas de Saint-Vaast y el nuevo barrio de Basse-Ville. Los grandes terratenientes, nacidos en su mayoría en un grupo de cincuenta familias nobles, habían empezado a erigir las casas suntuosas cuyas fachadas restauradas siguen confirmando hoy día a Arrás su peculiar estilo. En los treinta años anteriores al nacimiento de Maximilien se concedieron más de mil quinientas licencias de construcción o remodelación. Las familias de comerciantes o profesionales de clase media a quienes les iba bien, así como los nobles y las instituciones religiosas, se aprovecharon del prolongado auge de la producción rural para construir edificios que transmitirían eminencia y seguridad. Sobre las alturas y las fachadas de las casas había un control muy estricto que requería que tuvieran dos pisos, así como una planta baja y una bodega. Aquello no redundaba únicamente en interés del orgullo ciudadano, sino que reflejaba el imperativo militar de incrementar el número de estancias disponibles donde alojar soldados.

Porque en esta ciudad estratégica había soldados por todas partes. Tras el sitio impuesto a Arrás por el ejército español en 1654 y el Tratado de los Pirineos de 1659, se construyó en el sureste de la ciudad una «ciudadela» descomunal, tanto para amedrentar a la población local como para garantizar que las consecuencias territoriales del tratado eran inamovibles. En sus barracones de las inmediaciones de la ciudad la guarnición podía cobijar hasta cinco mil hombres y un millar de caballos, si bien había caballerizas civiles para muchas más monturas.²³ Pero muchos otros soldados tenían que alojarse en domicilios particulares: por consiguiente, eran omnipresentes en la ciudad. Quizá los Robespierre hubieran conocido a algunos oficia-

les, pues uno de los asistentes al entierro de Jacqueline fue un tal Antoine-Henry Galhant, comandante de la guarnición.

La Arrás del medievo había ejercido una influencia económica poderosa en buena parte de Europa; de hecho, «arrás» era en aquel entonces un nombre genérico habitual para referirse en inglés e italiano a los tapices. En la segunda mitad del siglo XVIII, el influjo económico de la ciudad se circunscribía, en esencia, a su región. Por importante que fuera Arrás como sede de la administración y la justicia real y provincial, ahora era primera y principalmente una ciudad cuyas funciones económicas fundamentales residían en el comercio de productos agrícolas. Las manufacturas textiles ya no podían competir con las de Lille, en el norte, ni con las de Amiens, en el sur. La mayoría de los habitantes dependían del campo para obtener empleo o ingresos. Este extremo resultaba particularmente significativo en el caso de la Iglesia, pues la mayor parte del volumen de los ingresos de esta provenía de la producción de sus inmensas fincas y de los derechos sobre quienes las trabajaban en virtud del pago de rentas o derechos señoriales. Los Robespierre alimentaban este sistema y dependían de él.

Como propietarios de una pequeña cervecería, los Carraut mantenían vínculos con la segunda gran fuente de poder económico de la sociedad de Arrás: el negocio de los cereales. En los días de mercado, el campo acudía a la ciudad. Las dos grandes plazas de Arrás, erigidas en el emplazamiento de los antiguos huertos de la abadía de Saint-Vaast y que en conjunto abarcaban dos hectáreas, acogían uno de los mercados de cereales más importantes de la Francia del siglo XVIII. El Petit Marché, a tan solo un minuto de la Rue Ronville donde vivían los Carraut, estaba presidido por el edificio del ayuntamiento y su campanario; por otra parte, en su vertiente norte, la inmensa llanura del Grand Marché estaba rodeada de palacetes y de las elegantes casas de los comerciantes. Gran parte de las 155 viviendas que circundaban las plazas tenían grabadas en la piedra de los arcos de sus fachadas unas gavillas de trigo apiladas, en

los mismos arcos bajo los cuales se realizaban las transacciones comerciales del mercado.

A excepción de la nueva Basse-Ville, Arrás todavía estaba encerrada entre sus murallas medievales donde contenía, más abarrotadas que nunca, a las 20.000 personas que habitaban en sus 2.600 edificaciones. Por su plano urbanístico, la vieja Arrás seguía siendo una ciudad medieval, con una red de callejuelas estrechas y sombrías en torno a los ejes principales de las dos grandes plazas centrales. La mitad de la población de Arrás se componía de comerciantes y artesanos, si bien su nivel de riqueza presentaba variaciones muy marcadas. El joven Maximilien vivía cerca de una tentadora variedad de comercios y artículos. En el pequeño establecimiento de Précourt, por ejemplo, el arroz descansaba junto a la fruta en almíbar y los vermicidas; o se ponían a la venta artículos defectuosos con carteles como «té estropeado y con mal olor» o «polvos de té». Había centenares de familias dedicadas al sector textil o del cuero, y muchas más al negocio de la construcción.

Los asalariados de estos sectores y quienes, por el motivo que fuera, eran incapaces de trabajar regularmente, integraban los grupos modestos. Se podía decir que una de cada tres personas llevaba una existencia precaria y tenía que depender de trabajos ocasionales o mal pagados, de la beneficencia o de la delincuencia. La industria de los encajes, que en su mayoría se desarrollaba en las casas, ocupaba a miles de mujeres en el campo y en los barrios de clase trabajadora de la ciudad. Los jornaleros y los pobres vivían en su mayoría en el otro extremo de Arrás de donde vivían Maximilien y sus hermanos, en el barrio de Méaulens y junto al río Crinchon, pero siempre estaban presentes en el centro de la ciudad, donde unas ochocientas personas trabajaban y vivían en bodegas a las que se accedía por unas escaleras que nacían en las dos grandes plazas. Esos eran los más pobres. Pese al auge de la construcción y al comercio de los cereales, parece ser que la mendicidad, la prostitución, el vagabundeo y la delincuencia formaban parte del tejido de la vida urbana.

Cuando Maximilien recorría estas calles abarrotadas de camino a la escuela o la iglesia, o cuando correteaba por ellas para encontrarse con Charlotte, Henriette y sus compañeros de juego, se cruzaría con sacerdotes, monjas, abogados, cargos públicos, canteros, carpinteros, peones y tenderas. Por todas partes había soldados de distinta graduación. De vez en cuando, un oficial de alto rango, una abadesa o un noble se abrían paso entre la multitud. Varias veces por semana, resonaba en Arrás el eco del estruendo de los gritos de los campesinos y de su ganado tirando de unas carretas que rechinaban. Esos días el olor del ganado aplacaba el de los caballos. Siempre había mendigos y montones de niños pequeños. Para Maximilien, el mundo era así, repleto del acento y los aromas del campo y del soniquete de la sociedad más elegante, de los juramentos de los trabajadores manuales y los campesinos, del ruido del centenar de posadas y tabernas de Arrás, del lenguaje de la vestimenta y de la limpieza y la pose que tenía que asimilar. Las propias palabras señalaban diferencias sociales entre el francés (con acento) de los acomodados y el dialecto local de Picard de los agricultores y los jornaleros.

A veces, Maximilien iba de visita al caserío de Bel-Avesnes, cerca de Lattre-Saint-Quentin, a unos ocho kilómetros al oeste de Arrás, donde la familia Carraut tenía una granja; pero, en general, su infancia se desarrolló en medio de un bullicio urbano de personas y animales con el telón de fondo del alboroto de las construcciones y las plazas de mercado. Su propia familia también tenía mucha movilidad, pues se desplazaba con frecuencia a distintos lugares de la ciudad. Los espacios en que el chico jugaba, observaba y escuchaba estaban experimentando transformaciones relevantes. El ruido, el movimiento y el contraste de aromas no suponían más que un rasgo definitorio de cómo eran las cosas. Maximilien, por tanto, estaba rodeado de renovación y ajeteo, de demoliciones y reformas, así como del circunspecto respeto que sus religiosas tías mostraban por la devoción y las buenas obras. Esas fueron las mujeres

que le ayudaron a adaptarse a los tristes cambios acaecidos en 1764 en su vida familiar.

Arrás tenía una larga tradición de instituciones escolares y en el transcurso del siglo XVIII la educación primaria acabó por considerarse esencial. La alfabetización ya había alcanzado una tasa del 63 % en general, y del 75 % en las parroquias burguesas. Maximilien tuvo la suerte de tener talento y ser estudioso, y sus tías se aseguraron de que supiera ya leer cuando a los ocho años de edad empezara a asistir a la escuela de Arrás. Carecían de los medios para contratar a un tutor particular que le enseñara a escribir; como la escuela también impartía enseñanza gratuita en latín, se matriculó en ella en 1766. Se trataba de un colegio religioso: los profesores eran sacerdotes de la Congregación del Oratorio de Jesús, los oratorianos, y el obispo formaba parte del consejo de gobierno que lo administraba desde que en 1762 se prohibiera a los jesuitas regentar centros educativos. La institución pretendía «abastecer al Estado de ciudadanos virtuosos y cristianos y formar a los súbditos del país». Para tal fin, los chicos estudiaban los rudimentos de historia y geografía mundial. Los premios más prestigiosos se concedían a quienes estudiaban latín, pero cada vez se hacía más énfasis en el francés para que los niños más pequeños «construyeran frases correctas en una lengua que todavía debe de resultarles extranjera».²⁴

Maximilien fue uno de los aproximadamente cuatrocientos niños que allí había, la mitad de los cuales eran internos venidos de otras ciudades y del campo, pero se distinguió muy pronto por su agilidad mental. Parece ser que fue un chico inteligente y resuelto, y tal vez la cada vez mayor conciencia de que algún día podría ser responsable de tres hermanos menores imprimiera en él cierto sentido del deber. A los once años formó parte de un grupo escogido para participar en una velada literaria que exhibió en público sus aptitudes a la hora de comentar textos latinos. Luego, vendrían más cosas. Había cuatro becas que concedía anualmente el abad de Saint-Vaast para

estudiar en el prestigioso liceo Louis-le-Grand de París, de la cual era filial la escuela de Arrás. Maximilien fue seleccionado y su familia consintió que el chiquillo aceptara lo que era una ayuda escolar importante y lucrativa, una puerta que llevaba mucho más allá de la Artois en la que varias generaciones de Robespierre habían tenido tanto éxito.²⁵

El pequeño Maximilien había vivido en un universo familiar y cercano dominado por mujeres: su madre, sus tías paternas y maternas, sus abuelas y dos hermanas. Charlotte ya había partido de Arrás rumbo a Tournai en 1768, cuando tenía ocho años, para aprender a «hacer encajes y coser, así como todo aquello que se considerara útil».²⁶ Ahora, en octubre de 1769, a los once años de edad, Maximilien fue depositado en un carruaje con destino a París y al mundo concienzudamente masculino del liceo Louis-le-Grand.